

— Señor, — respondió Joyeuse, — V. M. es bien bondadoso en observar eso !

Y el duque, acercándose al estrado de la cama, se sentó sobre los almohadones flordelisados que estaban esparcidos en las gradás de aquel estrado.

XV.

De la dificultad que tiene un rey en hallar
buenos embajadores.

Chicot, siempre invisible en su sillón; Joyeuse medio acostado en los cojines; Enrique, muellamente arrebujado en su cama, comenzó la conversación.

— Y bien, Joyeuse, — preguntó Enrique, — ¿has vagabundado bien por la ciudad ?

— Sí, señor, muy bien; gracias, — respondió con dejadez el duque.

— ¡ Qué pronto has desaparecido de la Greve !

— Francamente, señor, era poco recreativo; y además no me gusta ver á los hombres padecer.

— ¡ Corazón misericordioso !

— No; corazón egoísta..... los padecimientos de otros me atacan los nervios.

— ¡ Sabes lo que ha pasado ?

— ¡ En dónde, señor ?

— En la Greve.

— No, á fe mía.

— Salcedo ha negado.

— ¡ Ah !

— ¡ Con mucha indiferencia lo tomas, Joyeuse !

— ¡ Yo ?

— Sí.

— Os confieso, señor, que no daba grande importancia á todo lo que podía declarar; además estaba seguro de que negaría.

— Pero, supuesto que ya había confesado.

— Razón más. Sus primeras confesiones han puesto á los Guisas sobre aviso, y han trabajado mientras V. M. estaba tranquilo: eso era forzoso.

— ¡ Cómo ! ¡ Prevees semejantes cosas y no me las dices ?

— ¡ Acaso soy yo ministro, para hablaros de política ?

— Dejemos eso, Joyeuse.

— Señor.

— Tendré necesidad de tu hermano.

— Mi hermano, como yo, señor, todos estamos al servicio de V. M.

— ¡ Conque puedo contar con él ?

— Sin duda.

— Pues bien, quiero encargarle una pequeña misión.

— ¡ Fuera de París ?

— Sí.

— En ese caso, imposible, señor.

— ¡ Cómo imposible ?

— Del Bouchage no puede mudar de residencia en este momento.

Enrique se incorporó sobre su codo y miró á Joyeuse haciéndose todo ojos.

— ¡ Qué quiere decir eso ? — preguntó.

Joyeuse soportó la mirada interrogadora del rey con la mayor serenidad.

— Señor, — respondió, — es lo más fácil de comprender. Del Bouchage está enamorado, sólo

que había entablado mal sus negociaciones amorosas; seguía un camino errado, y el pobre muchacho se iba enflaqueciendo...

— En efecto, — dijo el rey, — lo he notado.

— Y se ponía sombrío... ¡cáspita! como si hubiese vivido en la corte de V. M.

Cierto gruñido, que salió del lado de la chimenea, interrumpió á Joyeuse, el cual miró atónito alrededor de sí.

— No hagas caso, Ana, — dijo Enrique riendo, — es algún perro que sueña sobre un sillón. Decías, pues, amigo mío, que ese pobre del Bouchage se ponía triste.

— ¡Oh! señor, triste como la muerte. Parece que ha encontrado una mujer de humor fúnebre; son terribles esos encuentros. Sin embargo, de ese género de carácter se triunfa tan bien como de las mujeres alegres; la dificultad sólo está en saberse manejar.

— No, tú no habrías estado embarazado, ¡libertino!

— ¡Vamos! Hé ahí que me llamáis libertino porque amo á las mujeres.

Enrique exhaló un suspiro.

— Conque dices que esa mujer es de un carácter fúnebre.

— Á lo menos, así lo pretende del Bouchage; yo no la conozco.

— ¿Y tú saldrías victorioso á pesar de esa tristeza?

— ¡Pardiez! No hay más que operar por medio de los contrastes; no conozco dificultades serias más que con las mujeres de un temperamento medio: éstas exigen de parte del asaltante una mezcla de gracias y de severidad que pocos hombres logran reunir. Por consiguiente del Bouchage ha tropezado con una mujer sombría, y él tiene un amor negro.

— ¡Pobre muchacho! — dijo el rey.

— Ya comprenderéis, señor, continuó Joyeuse, — que no bien me hizo esa confidencia cuando me ocupé de curarle.

— De suerte que...

— De suerte que á estas horas comienza la cura.

— ¡Está ya menos enamorado?

— No, señor; pero tiene esperanza de que la mujer se ponga más enamorada, que es un modo más agradable de curar á las personas, que el qui-

tarles su amor; así pues, desde esta noche, en lugar de suspirar haciendo duo á la dama, tratará de alegrarla por todos los medios posibles; esta noche, por ejemplo, envió á su querida unos treinta músicos de Italia que van á hacer primores bajo su balcón.

— ¡Puf! — hizo el rey. — Esa es cosa muy común.

— ¡Cómo! ¿Es común treinta músicos que no tienen iguales en el mundo entero?

— ¡Ah! te aseguro que no me hubieran distraído á mí con la música, cuando estaba enamorado de madama de Condé.

— Sí, pero vos estabais enamorado, señor.

— Como un loco, — dijo el rey.

Oyóse un nuevo gruñido, muy semejante á una risa burlona.

— Bien veis, señor, que es muy diferente, — dijo Joyeuse tratando de ver, aunque inútilmente, de dónde procedía la extraña interrupción. — La dama, al contrario, es indiferente como una estatua, y fría como un hielo.

— ¿Y crees tú que la música ha de derretir el hielo y animar la estatua?

— Ciertamente que lo creo.

El rey meneó la cabeza.

— ¡Diantre! Yo no digo, — continuó Joyeuse, — que al primer golpe de música vaya la dama á echarse en los brazos del Bouchage, no; pero le chocará el que se haga todo aquel ruido por ella, se irá acostumbrando, y... ¡qué caramba! nos quedará la comedia, los titiriteros, los juegos de manos, la poesía, en fin, todas las locuras de la tierra, de modo que si esa bella desolada no recobra su alegría, cuando menos la recobraré del Bouchage.

— Así se lo deseo, — dijo Enrique; — mas dejemos á del Bouchage, ya que tan penoso le sería el dejar á París en este momento; pues al cabo no me es indispensable que sea él quien desempeñe esta misión; pero espero que tú, que tan buenos consejos das, no te habrás hecho esclavo, como él, de alguna bella pasión!

— ¡Yo! — exclamó Joyeuse; — en toda mi vida no he estado tan libre como ahora.

— Á las mil maravillas; así, ¿no tienes nada que hacer?

— Nada absolutamente, señor.

— Pues yo te creía un poco entretenido con una bella dama.

— ¡Ah! sí, con la querida del señor de Mayenne; una mujer que me adoraba.

— ¿Y bien?

— Figuraos, señor, que esta noche, después de haber enseñado la lección á del Bouchage, le dejo para ir á casa de ella; llevo allá con la cabeza acalorada por las teorías que acababa de desarrollar; os juro, señor, que me creía casi tan enamorado como Enrique; y hé ahí que me encuentro con una mujer temblando, y muy azorada. La primera idea que me ocurre es que hago mal tercio á alguno; miro alrededor de mí, á nadie veo, trato de tranquilizarla, inútil; la interrogo, no responde; quiero besarla, separa la cabeza; y como yo frunciere el entrecejo, se enoja, se levanta, nos armamos una disputa, y ella me advierte que no volverá jamás á hallarse en casa cuando yo me presente allí.

— ¡Pobre Joyeuse! — dijo el rey riendo. — ¿Y qué has hecho tú?

— ¡Pardiez! Cogí mi espada y mi capa, la saludé cortésmente y salí sin mirar atrás.

— ¡Bravo, Joyeuse! Eso se llama tener valor! — dijo el rey.

— Tanto más valor, señor, cuanto que oía yo á la pobre muchacha suspirar.

— ¡Bah! No vayas ahora á arrepentirte de tu estoicismo.

— No, señor, si me arrepintiese un solo instante, bien pronto correría allá; pero nada me quitará de la cabeza que la pobre mujer me deja contra su voluntad.

— ¿Y sin embargo, te has marchado?

— Aquí me tenéis.

— ¿Y no piensas en volver allá?

— Jamás... si tuviese yo el vientre del señor de Mayenne, no diría que no; pero soy delgado, y tengo derecho á ser orgulloso.

— Amigo mío, — dijo seriamente Enrique, — es muy feliz para tu salud ese rompimiento.

— No digo que no, señor; pero entretanto me voy á fastidiar cruelmente durante ocho días, sin tener que hacer, sin saber adónde ir; así es que me han ocurrido ideas de pereza deliciosas; es muy entretenido el fastidiarse; en verdad... yo no tenía esa costumbre, y hallo que eso es de buen tono.

— ¡ Vaya si es de buen tono ! — dijo el rey, — lo he hecho yo de moda !

— Así, hé aquí mi plan, señor; lo he formado en mi tránsito del atrio de la catedral al Louvre. Todos los días vendré aquí en litera : V. M. rezará sus oraciones, yo leeré libros de alquimia, ó de marina, que es aún mejor, puesto que soy marino. Tendré perritos que haré jugar con los vuestros, ó más bien gatitos, que es más divertido; luego comeremos crema, y el señor de Eperón nos contará cuentos. También yo quiero engordar; después, cuando la querida del Bouchage, de triste se haya vuelto alegre, buscaremos otra que de alegre se vuelva triste; esta variación nos divertirá; pero todo ello sin movernos, señor : decididamente, no está uno bien sino sentado; y muy bien sino acostado. ¡ Oh ! ¡ Qué buenos cojines, señor ! Bien se ve que los tapiceros de V. M. trabajan para un rey que se fastidia.

— ¡ Quita allá, Ana ! — dijo el rey.

— ¡ Cómo es eso de quita allá ?

— ¡ Un hombre de tu edad y rango hacerse perezoso y engordar ! ¡ qué ideas tan ruines !

— Yo no las hallo así, señor.

— Quiero ocuparte en alguna cosa

— Si es fastidiosa, la deseo.

Oyóse un tercer gruñido; hubiérase dicho que el perro se reía de las palabras que acababa de pronunciar Joyeuse.

— Hé ahí un perro bien inteligente, — dijo Enrique, — que adivina lo que te voy á encargar.

— ¡ Qué me queréis encargar, señor ? Veamos lo que es.

— Vas á calzarte botas.

Joyeuse hizo un movimiento de terror.

— ¡ Oh ! No me pidáis eso, señor, porque es contra todas mis ideas.

— Vas á montar á caballo.

Joyeuse dió un repullo.

— ¡ Á caballo ! No, yo no voy sino en litera. ¿ No me ha oído V. M. ?

— Vamos, Joyeuse, dejémonos de bromas; ya me oyes, vas á calzarte botas y espuelas y montar á caballo.

— No, señor, — respondió, el duque muy serio, — eso es imposible.

— ¡ Y por qué es imposible ? — preguntó el rey enfadado.

— Porque... porque... soy almirante.

— ¿Y qué?

— Y los almirantes no montan á caballo.

— ¡ Ah ! ¡ esas tenemos ! — exclamó Enrique.

Joyeuse respondió con uno de esos signos de cabeza que hacen los niños cuando son bastante obstinados para no obedecer, y bastante tímidos para no responder.

— Pues bien, sea así, señor almirante de Francia; no iréis á caballo; tenéis razón, no es propio de un marino el ir á caballo; pero lo es el ir en un navío ó galera. Así pues, pasaréis al instante mismo en un buque á Ruan, en donde hallaréis vuestra galera almirante, la montaréis al punto, y mandaréis hacer rumbo para Amberes.

— ¡ Para Amberes ! — exclamó Joyeuse, tan desesperado como si hubiese recibido la orden de partir para Cantón ó Valparaíso.

— Creo haberlo dicho claramente, — replicó el rey con un tono tan glacial que establecía sin réplica su derecho de jefe y su voluntad de soberano; — creo haberlo dicho y no quiero repetirlo.

Joyeuse, sin manifestar la menor resistencia, abrochó su capa, ciñóse su espada, y tomó de

encima de un sillón su toquilla de terciopelo.

— ¡ Caramba, cuánto trabajo cuesta hacerse obedecer ! — siguió diciendo entre dientes Enrique; — si yo olvido algunas veces que soy el amo, todo el mundo, excepto yo, debería tenerlo presente.

Joyeuse, mudo y helado, se inclinó poniendo, según la ordenanza, una mano sobre la guarnición de su espada.

— Las órdenes, señor, — dijo con un acento de sumisión que al momento convirtió en cera derretida la voluntad del monarca.

— Vas á pasar á Ruan, — le dijo, — en donde deseo que te embarques, á menos que prefieras ir por tierra á Bruselas.

Enrique aguardaba una observación de Joyeuse, pero éste se contentó con una inclinación de cabeza.

— ¿ Prefieres el camino de tierra ? — preguntó Enrique.

— Cuando se trata de ejecutar una orden, señor, no tengo preferencia, — respondió Joyeuse.

— ¡ Vamos, ponte de hocico, ponte de hocico, mal genio ! — exclamó Enrique. — ¡ Ah ! ¡ Los reyes no tienen amigos !

— Quien da órdenes no debe prometerse hallar

más que servidores, — respondió Joyeuse con solemnidad.

— Caballero, — replicó el rey ofendido, — iréis pues á Ruan ; montaréis vuestra galera ; reuniréis las guarniciones de Caudebec, Harfleur y Dieppe, que yo mandaré relevar, y las haréis pasar á bordo de seis buques que pondréis á disposición de mi hermano que está aguardando los socorros que le he prometido.

— Mis credenciales, si tenéis á bien señor, — dijo Joyeuse.

— ¿ Y desde cuándo, — respondió el rey, — no obráis en virtud de vuestros poderes de almirante ?

— Yo no tengo más derecho que el de obedecer, y evito cuanto puedo, señor, toda responsabilidad.

— Está bien, señor duque, recibiréis vuestras credenciales en vuestro hotel en el momento de la marcha.

— ¿ Y cuándo será ese momento ?

— Dentro de una hora.

Joyeuse se inclinó respetuosamente y se dirigió hacia la puerta.

El corazón del rey latía con violencia.

— ¡ Cómo ! — dijo, — ¡ ni siquiera la urbanidad de un adiós ! Señor almirante, sois poco cortés, y merecéis el reproche que generalmente se hace á los marinos. Vamos, puede que me deje más satisfecho mi coronel general de infantería.

— Dignaos perdonarme, señor, — balbuceó Joyeuse, — pues soy aún peor cortesano que marino, y comprendo que V. M. sienta lo que ha hecho por mí.

Y salió cerrando la puerta con violencia, detrás de las cortinas que se hinchieron con el viento.

— ¡ Hé ahí cómo me aman esos por quienes tanto he hecho ! — exclamó el rey. — ¡ Ah, Joyeuse, ingrato Joyeuse !

— Y bien, no vayas ahora á llamarle, — dijo Chicot adelantándose hacia la cama. — ¡ Cómo ! ¡ Una vez que por acaso has tenido un poco de energía, ya te arrepientes !

— Escucha, — respondió el rey, — tú eres muy original ; ¿ crees tú que es agradable ir en el mes de Octubre á recibir la lluvia y el viento en el mar ? Mucho quisiera verte á ti allí, egoista.

— En tu mano está, gran rey, en tu mano está

— ¿ El verte por montes y barrancos ?

— Por montes y barrancos; en este momento mi más ardiente deseo es viajar.

— Así, si yo te enviase á alguna parte como acabo de enviar á Joyeuse, ¿aceptarías?

— No solamente aceptaría, sino que te lo suplico.

— ¿Una misión?

— Una misión.

— ¿Irás tú á Navarra?

— Al mismo infierno, gran rey.

— ¿Te burlas, bufón?

— Ya sabes que no estaba yo muy alegre durante mi vida, y te juro que desde que he muerto estoy aún mucho más triste.

— Pero hace un momento rehusabas dejar á París.

— Mi gracioso soberano, hacía mal, muy mal, y ya me arrepiento.

— De suerte que ahora deseas salir de París.

— En seguida, ilustre rey; en el mismo instante, gran monarca.

— No te comprendo, — dijo Enrique.

— ¿No has oído las palabras del gran almirante de Francia?

— ¿Qué palabras?

— Aquellas con que te anunciaba su rompimiento con el cortejo del señor de Mayenne.

— Sí, ¿y qué?

— Si esa mujer, enamorada de un gallardo mancebo como el duque, porque Joyeuse es encantador...

— Sin duda.

— Si esa mujer le despide suspirando, es porque tiene un motivo.

— Probablemente, de lo contrario no le despediría.

— Y bien; ¿sabes tú ese motivo?

— No.

— ¿Y no lo adivinas?

— No.

— Es porque el señor de Mayenne va á volver.

— ¡Oh, oh! — hizo el rey.

— Al cabo comprendes; te felicito por ello.

— Sí, comprendo; pero sin embargo...

— Sin embargo, ¿qué?

— No hallo tus razones muy poderosas.

— Dame tú las tuyas, Enrique, dámelas, nada apetezco más que hallarlas excelentes.

— ¿Por qué esa mujer no había de romper con

Mayenne en lugar de despedir á Joyeuse ? ¿ Crees tú que Joyeuse no se lo agradecería bastante, para conducir al señor de Mayenne al Pré-aux-Cleres, y agujerearla la panza ? ¿ Tiene mala espada nuestro Joyeuse ?

— Muy bien, pero el señor de Mayenne tiene el puñal traidor, si Joyeuse no tiene mala espada. Acuérdate de San Megrín. — Enrique lanzó un suspiro. — La mujer que está verdaderamente enamorada no se expone á que maten á su amante, prefiere dejarle, ganar tiempo, y sobre todo prefiere el que no la maten á ella misma. En esa buena casa de Guisa tienen fama de brutos como el diablo.

— ¡ Ah ! Puede que tengas razón.

— Es una gran fortuna.

— Sí, y comienzo á creer que Mayenne vendrá; pero tú, Chicot, no eres una mujer tímida y enamorada.

— Yo, Enrique, soy un hombre prudente, un hombre que tiene una cuenta abierta con el señor de Mayenne, una partida empeñada; si me halla, querrá comenzar de nuevo, porque ese buen Mayenne es un jugador de diez mil diablos.

— ¿ Y qué ?

— Que jugará tan bien, que recibiré yo alguna puñalada.

— ¡ Bah ! Conozco bien á mi Chicot; nunca recibe sin dar.

— Tienes razón, le devolveré diez que le harán reventar.

— Tanto mejor. Con eso se acabará la partida.

— ¡ Tanto peor ! al contrario, tanto peor ! La familia pondrá el grito en el cielo; tú te echarás encima toda la Liga, y el día menos pensado me dirás: Chicot, amigo mío, perdona, pero tengo que mandar enrodarte.

— ¿ Te diré eso ?

— Tú dirás eso, y, lo que es aún mucho peor, lo harás, gran rey. Por consiguiente prefiero que la cosa lleve otro giro, ¿ comprendes ? Yo no me hallo mal como estoy, y me gusta mantenerme así. Ya ves, me parecen muy peligrosas todas esas progresiones aritméticas aplicadas al rencor; así, iré á Navarra, si tú quieres enviarme allá.

— Sin duda que quiero.

— Aguardo tus órdenes, gracioso príncipe.

Y Chicot, tomando la misma actitud de Joyeuse, aguardó.

— Pero tú no sabes si te convendrá la misión, — replicó el rey.

— Supuesto que te la pido...

— Es que, ya ves, Chicot, — dijo Enrique, — tengo ciertos proyectos para desunir á Margot y su marido.

— Dividir para reinar, — dijo Chicot, — hace cien años era el abecedario de la política.

— Así no tienes ninguna repugnancia.

— ¿Qué me toca ni atañe eso? — respondió Chicot, — harás lo que quieras, gran príncipe; yo soy embajador y nada más. No tienes que darme cuentas, y con tal que yo sea inviolable... ¡Oh! En cuanto á esto, ya comprendes, me es indispensable.

— Pero aun así, es preciso que sepas lo que has de decir á mi cuñado.

— ¡Yo decir alguna cosa! ¡No, no, no!

— ¿Cómo, no, no, no?

— Iré adonde tú quieras, pero no diré una palabra. Hay un proverbio sobre esto que dice: Mucho meneallo...

— Entonces, rehusas.

— Rehuso la palabra, pero acepto la carta. El que lleva la palabra siempre tiene alguna responsabilidad; el que presenta una carta nunca es brujuleado sino de segunda mano.

— Y bien, sea así, te daré una carta; esto entra en mi política.

— Para que veas cómo se arreglan las cosas. Dámela.

— ¿Qué es lo que dices?

— Digo que me la des.

Y Chicot alargó la mano.

— ¡Ah! No te imagines que se puede escribir en un abrir y cerrar de ojos una carta como esa. Es preciso combinarla, meditarla, pesarla.

— Pues bien, pesa, medita y combina. Yo volveré mañana al despuntar el día, ó enviaré á buscarla.

— ¿No sería mejor que durmieses aquí?

— ¿Aquí?

— Sí, en tu sillón.

— ¡Fuego! Está acabado. No volveré á dormir en el Louvre. ¡Ver á una fantasma dormir en un sillón! ¡qué absurdo!

— Pero en fin, — exclamó el rey, — quiero que

conozcas mis intenciones respecto de Margot y de su marido. Tú eres gascón, mi carta va á hacer mucho ruido en la corte de Navarra; te harán preguntas, y es preciso que sepas lo que has de responder. ¡Qué diablo! tú me representas, y no quiero que te tengan por un imbécil.

— ¡Dios mío! — exclamó Chicot encogiéndose de hombros. — ¡qué obtuso tienes el entendimiento, gran rey! ¡Cómo! ¡Te figuras que voy á llevar una carta á doscientas cincuenta leguas de aquí sin saber lo que contiene? Pierde cuidado, ¡cuerpo de Crispo! Á la primera vuelta de una esquina, bajo el primer árbol en donde me pare, abriré tu carta. ¡Cómo! ¡Hace diez años que estás enviando embajadores á todas las partes del mundo, y no los conoces mejor que eso! Vamos, deja tu cuerpo y alma descansar, que yo me vuelvo á mi soledad.

— ¡En dónde está tu soledad?

— En el cementerio de los Grandes Inocentes, gran príncipe.

Enrique miró á Chicot con aquel asombro que, en las dos horas que hacía que lo estaba viendo, no había podido dominar aún.

— Tú no esperabas nada de esto, ¿no es verdad? continuó Chicot cogiendo su fieltro y su capa. — ¡Lo que es el tener relaciones con los del otro mundo! Quedamos convenidos: hasta mañana; yo ó mi mensajero.

— Bien, pero es preciso que tu mensajero tenga una contraseña para que sepa yo que viene de tu parte, y que se le abran las puertas.

— ¡Perfectísimamente! Si soy yo, vengo de mi parte; si mi mensajero, viene de parte de la *Sombra*.

Y dichas esas palabras, desapareció tan ligero, que el supersticioso espíritu de Enrique dudó si era realmente un cuerpo ó una sombra que había pasado por aquella puerta sin hacerla rechinar, por debajo de aquellas cortinas sin agitar uno de sus pliegues.